

946

Li

DC179

43

v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

881880

88371

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO PRIMERO.

Introduccion.—Muerte de Mirabeau.—Su retrato.—Situacion de la Asamblea nacional en 1791.—Aparicion de la idea democrática.—Punto de partida de la revolucion.—Partidos.—Jefes principales.—Retratos de Luis XVI y de María Antonieta.—Malouet, Clermont Tonnerre, el abate Maury, Cazales, Barnave, los dos Lameth, Robespierre, Duport, Petion.—Sociedades populares.—Retrato de La Fayette.

I.

Voy á escribir los hechos de un corto número de hombres que lanzados por la Providencia en medio del drama mas grandioso de la edad moderna reasumen en sí las ideas, las pasiones, las faltas y virtudes de toda una época. Entrelazadas su vida y su política con la revolucion en estrecho lazo, la misma segur que separa sus cabezas del tronco, hiere mortalmente los destinos del pais en que vieron la luz por primera vez.

Llena esta historia de sangre y de lágrimas abunda tambien en provechosa enseñanza para los pueblos. Nunca quiza, se han verificado tantos sucesos trágicos en tan

corto periodo; nunca tampoco se desarrolló con mas rapidez esa correlacion misteriosa que existe entre los actos y las consecuencias de estos. Jamás se sucedieron con igual velocidad á las debilidades las faltas, á estas los crímenes, y al crimen el castigo. Nunca se ha manifestado con mas evidencia esa justicia remuneradora que Dios ha colocado en nuestros actos como una conciencia mas santa que la fatalidad de los antiguos, nunca finalmente ha brillado la ley de la moral con mas esplendor, ni se ha hecho justicia á sí misma con mayor rigor. La simple narracion de lo acaecido en solos dos años es el comentario mas luminoso, de una de las mayores revoluciones que hayan asombrado al orbe con sus estragos, y la sangre derramada en ella á torrentes, no tan solo horripila y causa compasion á un mismo tiempo, sino que es una leccion ejemplar para los hombres de los siglos venideros.

La imparcialidad de la historia no es semejante á la del espejo que traslada los objetos tales como los recibe; aseméjase si á la del juez, que ve, oye y condena. Los anales y la historia son dos cosas muy distintas, y para que esta merezca el nombre de tal, necesita tener una conciencia porque mas tarde llega á ser la del género humano. Una narracion vivificada por la imaginacion, madurada y juzgada por la prudencia, es la historia; tal cual los antiguos la entendieron, y tal como yo quisiera legarla á mi patria si Dios se digna dirigir mi pluma para conseguirlo.

II.

Mirabeau ha dejado de existir. Las turbas populares corren instintivamente y en tropel hácia la casa del tribuno, como si confiasen aun en las inspiraciones que creen van á salir del féretro que contiene sus restos exá-

nimes, sin embargo, aunque Mirabeau viviese todavia, seria tan mudo como el mármol cuya frialdad han adquirido ya sus miembros. El genio de aquel grande hombre se habia eclipsado ante el de la revolucion, y arrastrado hácia un precipicio inevitable por el carro que él mismo habia lanzado, en vano trataba de aferrarse á la tribuna como única áncora salvadora que podia libertarle del naufragio. Las últimas memorias que dirigió al rey y que con el secreto de su venalidad, nos han sido transmitidas por la famosa *alcena de hierro* manifiestan la decadencia de su inteligencia. Los consejos que hallamos estampados en ellas, son versátiles, incoherentes y á veces pueriles. Ya se figura poder detener la revolucion con un grano de arena; ya coloca la salvacion de la monarquia en una allocucion del trono ó en una ceremonia régia, como medio de popularizar al monarca. Otras veces, se propone comprar los aplausos de las tribunas, y no vacila en creer que la nacion se venderá con igual facilidad que aquellas. La pequenez de los medios de salvacion, no es comparable sino con la inmensidad progresiva del peligro. Ya no hay orden en sus ideas y solo se advierte en sus escritos que forzada su mano por las pasiones que él mismo ha suscitado, y que ya no le es dado dirigir, trata de hacerlas traicion, aunque sin acabar de resolverse á volverles del todo la espalda. El terrible agitador aparece ya como un cortesano desfavorido, que va á guarecerse á las gradas del solio, y aunque trata de pronunciar á media voz las terribles palabras de *nacion* y *libertad*, únicas que á su papel convienen, se halla poseido de toda la pequenez y señoreado por esa vanidad que ha tocado en suerte á los hombres de córte. Los grandes genios causan compasion cuando se les ve luchando con un imposible; sin duda Mirabeau, era el hombre mas fuerte de su época, pero por grandes que sean los hombres no aparecen sino unos insensatos cuando quieren oponerse á un elemento desencadenado. Su caída no es

magestuosa, sino les acompaña en ella su virtud, hasta el último momento.

Pretenden los poetas, que las nubes toman las formas de los países por donde pasan, bien sean llanuras, valles ó montañas, y que conservan esta figura en medio de los aires. Esta imagen es la de ciertos hombres, cuyo talento, que podremos llamar colectivo, se modela sobre la época á que pertenecen y encarna en ellos la individualidad de toda una nacion. Mirabeau era de estos hombres. El no intentó la revolucion, pero la puso de manifiesto. Sin él, quizá no hubiera pasado del estado de idea y de tendencia. Nació, y la revolucion tomó en él la forma, la pasion y el lenguaje, de suerte que al verle no podia uno menos de esclamar involuntariamente: Héla ahí.

Hijo de una antigua y noble familia refugiada y establecida en Provenza, aunque originaria de Italia, la sangre de Maquiavelo y el carácter bullicioso de los hijos de las repúblicas italianas, era peculiar á todos los individuos de su casa. Las tendencias de sus almas son en ellos superiores á las categorías sociales que ocupan. Grandes hasta en sus vicios, así como en sus pasiones y virtudes, las mugeres son ó angelicales ó depravadas, los hombres sublimes ó perversos, y su mismo lenguaje es tan marcado y grandioso como sus caracteres. Hasta en sus mas familiares correspondencias brilla el colorido y percibese la vibración de las lenguas heroicas de Italia.

Los antepasados de Mirabeau hablan de sus negocios domésticos, como Plutarco de las contiendas de Mario y de Syla, ó de las de César y Pompeyo. Estos hombres se hallan fuera de su elemento cuando tratan de cosas de poca monta. Mirabeau respiró esta magestad y virilidad doméstica desde la cuna. Insisto en estos detalles que parecen estraños á mi narracion, pero que sirven sin embargo, para esplicarla. La fuente del genio se halla muchas veces en la sangre de donde se descende, y algu-

nas otras, la familia á que uno pertenece es el mejor vaticinio de la suerte que se aguarda.

III.

La educacion de Mirabeau fué brusca y cruel como la mano de su padre, llamado el *amigo de los hombres*, pero que por su carácter turbulento y su vanidad egoista, vino á ser el perseguidor implacable de su muger y el tirano de sus hijos. No se le enseñó mas virtud que la del honor, nombre con que se designaba entonces, lo que como hoy, no suele ser mas sino un esterior probó, tras el cual se oculta el vicio mas refinado. Habiendo empezado á servir desde muy jóven no adquirió mas costumbres militares que las del libertinage y una funesta pasion por el juego. El brazo implacable de su padre le alcanzaba do quier que se hallase, no para levantarle en sus frecuentes caidas, sino para hundirle mas y mas haciéndole pagar sin compasion las consecuencias de sus deslices. Pasó su juventud en las prisiones del Estado, envenenáronse sus pasiones en la soledad de los calabozos, aguzóse su ingenio en los hierros de las rejas de estos, y su alma perdió allí aquel pudor que raras veces sobrevive á la infamia de castigos tan prematuros. Libre de su encierro y autorizado por su padre para intentar un casamiento difícil, solicita la mano de la señorita de Marignan, rica heredera de una de las primeras casas de la Provenza, y no hay medio de que no se valga para conseguir su intento, desde la astucia mas ratera, hasta el valor mas heroico. Lógralo al fin, pero apenas se halla ligado con los lazos santos de himeneo, cuando víctima de nuevas persecuciones ve cerrarse tras si las puertas de la fortaleza de Pontarlier. Un amor que las *Cartas á Sofa*, ha hecho inmortal, rompe sus nuevas cadenas, y

cómplice de un doble adulterio, huye con la esposa del anciano Monnier y ambos se refugian en Holanda donde permanecen algunos meses. Alcanzados y sorprendidos allí los adúlteros, véense separados violentamente y ambos son conducidos á un encierro, que para ella es un convento, y un torreón de Vincennes para él. El amor que á manera de un oculto volcan, respira algunas veces á través de los destinos de los grandes hombres, concentra en un solo foco abrasador todas las pasiones de Mirabeau. Si se venga, es por satisfacer al amor ultrajado; en su pasión á la libertad, amor es quien le impulsa, y amor es quien le ilustra en el estudio. Hombre oscuro y desconocido entra en el calabozo, pero el amor hace que salga de él escritor y hombre de Estado, si bien pervertido y dispuesto á todo, hasta á venderse por adquirir fortuna y celebridad.

El drama de la vida se ha desarrollado completamente en su mente; fáltale un escenario, pero el tiempo se lo prepara. En el corto intervalo de años que media desde su salida del torreón de Vincennes, hasta que sube por primera vez á la tribuna de la Asamblea nacional, reúne y ordena trabajos que hubieran hecho sucumbir á cualquiera otro hombre y que á él apenas le fatigan.

El banco de San Carlos, las instituciones de Holanda, la obra sobre Prusia, el púgilato con Beaumarchais, su estilo, sus informes sobre cuestiones de guerra, de hacienda, ó de equilibrio europeo, sus acerbos invectivas, sus luchas de palabras con los ministros ó con los hombres populares del momento, son un remedo del foro romano en los días de Clodio y de Ciceron. Percíbense ya á lo lejos los primeros rumores de los tumultos populares, que van á estallar muy pronto y que deben apagarse al eco de su voz de trueno. Rechazado con desprecio por la nobleza en las primeras elecciones de Aix, se precipita en brazos del pueblo, seguro de hacer inclinar la balanza hacia el lado en que arroje como contrapeso su audacia

y su genio. Marsella disputa á Aix el gran plebeyo, y sus dos elecciones, los discursos que pronuncia y la energía que desplega son el asunto de la conversacion de todos los franceses, al paso que sus altisonantes palabras se convierten en proverbios de la revolucion. Comparándose él mismo en sonoras frases á los hombres de la antigüedad, logra colocarse en la imaginacion del pueblo, á la altura de los personajes que pone ante sus ojos, y el pueblo incauto se habitua á confundirle con los hombres que cita enfáticamente. Mueve mucho ruido con el objeto de preparar los espíritus para las grandes conmociones, y se anuncia con altivez á la nacion con este apóstrofe sublime de su alocucion á los marseleses «Cuando espiró el último Graco (les dice), cogió un puñado de polvo y lo arrojó hacia el cielo, y de este polvo nació Mario: Mario, menos grande por haber derrotado á los cimbras que por haber humillado en Roma la aristocracia de la nobleza.»

Desde su entrada en la Asamblea nacional la llena toda y él solo es allí el pueblo entero. Sus menores ademanes son órdenes terminantes; cuantas mociones hace son otros tantos golpes de Estado. La nobleza se siente vencida por este hombre salido de su seno, y el clero, que es pueblo y que aspira á introducir la democracia en la iglesia, le presta su apoyo para derribar la doble aristocracia de los nobles y de los obispos. En pocos meses cae lo que se habia edificado en muchos siglos, y solo Mirabeau permanece, dominando sobre tantos despojos. Aquí cesa su papel de tribuno y da principio el de hombre de Estado. En este se manifiesta aun mas grande que en el anterior, y cuando todo el mundo anda á tientas, solo él acierta, solo él se dirige con planta firme hácia el objeto propuesto. La revolucion en su cabeza no es ya sino un plan perfectamente combinado, y la filosofía del siglo XVIII moderada por la prudencia del hábil político, mana de sus lábios con todas sus formas. Su elocuencia imperante

como la ley consiste únicamente en saber dar alma y buen giro á sus discursos ilustrando á todos con sus palabras y seduciéndolos con el modo de decirlas. Aislado y casi solo desde este momento, tiene la fortaleza de ánimo suficiente para arrostrar cuantos peligros puedan sobrevenirle, y apoyado en el sentimiento de su superioridad, no titubea en desafiar á la envidia, á los odios y á las murmuraciones de todos los demas. Desde el momento en que las pasiones que le han acompañado constantemente, no le son de ninguna utilidad, por haber triunfado de cuantos obstáculos se le oponian, arrojadas de sí con desden, y no habla ya á los hombres sino en nombre de su talento. Este título es suficiente para que se le obedezca, y su poder estriba en el asentimiento que halla la verdad en las almas. Elévase este hombre extraordinario sobre todos los partidos, aunque todos le detestan porque los domina, si bien todos tratan de atraérsele porque puede perderlos ó servirlos. Con todos negocia y á ninguno se entrega. Impasible, establece sobre el elemento tumultuoso de esta Asamblea, las bases de la constitucion reformada: legislacion, hacienda, diplomacia, guerra, religion, economía política, equilibrio de los poderes, todo es de su inspeccion, y se hasta solo para zanjar cuantas cuestiones se presentan, no como un mero utopista sino como un hábil político. La solucion dada por él es siempre un término medio entre lo ideal y lo positivo. Pone la razon al alcance de las costumbres, y las instituciones en armonía con los hábitos. Quiere un trono para apoyar la democracia, y al mismo tiempo libertad en las cámaras y que la voluntad de la nacion sea única é irresistible en el gobierno. El carácter de su talento en parte definido y en parte desconocido, consiste menos en la audacia, que en la exactitud de sus cálculos. Bajo la magestad de la expresion, posee en sumo grado la infalibilidad del buen sentido y así, aun sus mismos vicios pueden prevalecer sobre la lucidez y la sinceridad de su inteligencia. Cuan-

do se halla al pie de la tribuna es un hombre sin virtud ni pudor; en cuanto sube á ella, es un completo hombre de bien. En su vida privada, aunque solicitado por las potencias extranjeras y vendido á la corte para satisfacer sus costosos caprichos, conserva á pesar de este tráfico vergonzoso de su carácter, la incorruptibilidad de su genio. De todas las virtudes de un gran hombre de su siglo, no le falta otra que la hombría de bien. El pueblo no es para él una creencia sino un instrumento; su Dios es la gloria, su fé la posteridad, su conciencia la idea que concibe. Frio materialista, como una gran parte de los hombres de su siglo, nada ve mas allá de esta vida frágil y perecedera: «Cubridme de perfumes y coronadme de flores (dice á los que le rodean al tiempo de morir), porque voy á entrar en el sueño eterno.» Este hombre es todo materia, y ni su carácter, ni sus obras, ni aun sus pensamientos, se hallan consagrados con un solo signo de inmortalidad. Si hubiese creído en Dios quizá hubiera sido un mártir, pero hubiera dejado en pos de sí, la religion de la razon y el reino de la democracia. En una palabra, Mirabeau es la razon de un pueblo, mas no la fé de la humanidad.

IV.

Magníficas apariencias exteriores de dolor cubren con sus negros crespones los sentimientos seeretos que la muerte de Mirabeau inspira á todos los partidos. ¿Qué es lo que pasa en el fondo de los corazones, en tanto que el lúgubre clamoreo de las campanas y el horrisono estampido del cañon se hace sentir en medio de la fúnebre pompa á que acuden doscientos mil espectadores, que tributan á un simple ciudadano honores que solo al soberano se concedieran hasta aquel dia? Vamos á verlo.

El rey, que tenia á su sueldo la elocuencia de Mira-

beau, y la reina, que habia tenido con él varias conferencias en medio del silencio de la noche, quizá le echaban de menos como último instrumento de salvacion; sin embargo, el terror que les inspiraba era superior á la confianza que en él tenian, y la humillacion que siente un rey al verse obligado á implorar el socorro de un vasallo, por poderoso que este sea, debia encontrar un gran alivio, al considerar que aquel elemento destructor habia caido antes que el trono. Con su muerte quedaba vengada la corte de los bochornos que la habia hecho sufrir, y la aristocracia irritada se gozaba en ella, porque cada servicio de los que aquel hombre habia prestado á la causa popular, era una injuria hecha á su altivez hereditaria. Mirábase como un apóstata de su orden y consideraba como el mayor estremo de degradacion el llegar á verse ensalzada algun dia, por el mismo que la habia derribado con tanto estrépito. La Asamblea nacional estaba cansada de la superioridad que un solo hombre habia ejercido sobre ella, y el duque de Orleans conocia que una palabra de Mirabeau hubiera sido suficiente para reducir á la nada su prematura ambicion. Mr. de la Fayette, el héroe de la gente del buen tono, temia al orador del pueblo, y entre el dictador de la ciudad y el de la tribuna, debia mediar necesariamente una secreta envidia.

Mirabeau no habia atacado nunca de frente á la Fayette en sus discursos, pero en las conversaciones particulares habia soltado ciertas palabras respecto á su rival, que habian caido sobre él como gotas de plomo derretido. Muerto Mirabeau aparecia la Fayette mucho mas grande, y lo mismo sucedia á todos los oradores de la Asamblea. Mirabeau no habia tenido nunca rivales, lo que no le faltaban eran envidiosos de su gloria. Su elocuencia, por popular que fuese, era la de un patricio. Su democracia nada tenia de ese sentimiento de codicia y de odio que remueve las pasiones mas bajas del corazon humano y que no ve en los beneficios que al pueblo se

dispensan sino un insulto hecho á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo, mas que una prodigalidad de su genio, y las grandes expansiones de su alma, no tenian ninguna semejanza con los mezquinos arrebatos de los demagogos. Conquistando derechos para el pueblo, parecia ser él quien se los concedia, y el título que mejor conviene á Mirabeau es el de voluntario de la democracia. El papel que desempeñaba y su imponente actitud, recordaban demasiado á los otros demócratas que se hallaban en una escala inferior, que desde los Gracos hasta él, los tribunos mas poderosos y que mas habian hecho por el pueblo, habian salido de la clase de los patricios. Su talento sin igual con respecto á la filosofía del pensamiento, á la estension de la reflexion y á la grandiosidad del decir, era otra especie de aristocracia que tampoco se le perdonaba. La naturaleza le habia hecho ser el primero entre todos sus contemporáneos, la muerte abria un camino á todos los que estaban detrás de él, que iban á disputarle encarnizadamente un puesto que ninguno de ellos habia sido capaz de conquistar. Las lágrimas que estos hombres derramaban sobre su sepulcro eran fingidas. Solo el pueblo lloraba de corazon, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser envidioso, y porque lejos de echar en cara á Mirabeau su nacimiento, veia en la nobleza de que se hallaba investido, un despojo cogido en el campo de la aristocracia. Ademas inquieta la nacion por ver caer una tras otra todas sus instituciones, temia un trastorno general en el orden social, y conocia por instinto, que el genio de aquel grande hombre era el único apoyo, la sola fuerza que le quedaba. Estinguido este genio, la nacion no veia sino tinieblas y precipicios horribles en la marcha tortuosa de la monarquia, y los jacobinos eran los únicos que se daban el parabien en alta voz, porque solamente aquel hombre célebre, podia contrariar sus planes con buen éxito.

La Asamblea continuó sus sesiones el 6 de abril de 1791. El sitio que ocupaba Mirabeau y en donde nadie había osado sentarse ponía de manifiesto lo imposible que era el reemplazarle. La consternación se halla en los rostros de todos los espectadores, y en la sala de las sesiones reina un silencio lúgubre. Talleyrand anuncia entonces á la Asamblea un discurso póstumo de Mirabeau y todos se apresuran á pedir que se lea inmediatamente. Débil es el eco de aquella voz que parece salir del fondo de un sepulcro y la impaciencia y ansiedad de los partidos por disputarse la presa que ambicionan, hace que al entusiasmo pasajero que acaban de manifestar, suceda el frío silencio de la indiferencia. El combate no puede tardar, porque el árbitro que los contenía á todos ha desaparecido de enmedio de los vivientes.

V.

Antes de pasar á examinar el estado de los partidos echemos una rápida ojeada hácia el punto de partida de la revolución, examinemos sus adelantos y pasemos revista á sus principales gefes, que son los que tratan ahora de dirigirla en el camino que aun la resta por andar.

Dos años escasos habian trascurrido, desde que la revolución habia abierto una brecha en el edificio monárquico, y ya habia obtenido unos resultados inmensos. El espíritu de debilidad y de vértigo que dominaba al gobierno, habia provocado la Asamblea de los notables. El espíritu público habia hecho fuerza al poder y convocado los Estados generales. Reunidos estos, la nación habia conocido su impotencia, y de este sentimiento á la insurrección legal, no habia mas que un paso, que podia precipitarse con solo pronunciar una palabra. Mirabeau la habia pronunciado y la Asamblea se habia constituido

á la faz del trono colocándose por encima de él. La popularidad pródiga de Necker, se habia agotado, desde el momento en que no tuvo nada que arrojar al pueblo de lo que al soberano pertenecía, y satélite de un astro que tocaba ya á su ocaso, su retirada fué una completa derrota. Su último paso le arrojó fuera del reino, quedando su amo desarmado en manos de la nación como un rehen del antiguo régimen, ofrecido al principio moderno. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, único acto metafísico de la revolución hasta aquella época, la habia dado una significación social y universal. Objeto fué de risa esta declaración para la mayor parte de las gentes; cierto es, que contenia algunos errores y que confundía en sus términos el estado de la naturaleza con el estado social, pero en el fondo, era realmente el nuevo dogma político.

VI.

Hay ciertos objetos en la naturaleza, cuyas formas no se distinguen bien sino alejándose de ellos, porque la proximidad impide verlos lo mismo que la demasiada distancia, y esto es precisamente lo que sucede en medio de los sucesos mas notables. La mano de Dios se percibe visiblemente en todos los acontecimientos humanos, pero esta mano divina, está sombreada en tal disposición, que nos oculta lo mismo que está ejecutando á nuestra vista. Lo que se entreveía entonces de la revolución francesa anunciaba ya, lo mas grande que puede acontecer en el mundo, á saber, la aparición de una idea nueva para el género humano, esta idea era la democrática, que mas tarde habia de traer un gobierno basado en ella misma.

El nuevo principio no era otra cosa sin embargo, sino

una emanacion necesaria del cristianismo. Este, al hallar á los hombres gimiendo en la esclavitud y degradados en todos los paises del orbe, se habia levantado como una venganza á la caida del imperio romano, bajo la forma de la resignacion. El cristianismo habia escrito en sus banderas tres palabras, que la filosofia francesa repetia á los hombres casi dos mil años despues. *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Este dogma, habia quedado, sin embargo, reservado en los pechos de los primitivos cristianos. Demasiado débil en sus principios el cristianismo para habérselas con las potestades de la tierra, no habia podido elevarse de golpe á ser una ley civil, y se habia contentado con decir las. «Os dejo aun por un cuanto tiempo el mundo politico y un destierro al mundo moral. Continúad si os es posible, encadenando, sujetando y oprimiendo á los pueblos; yo voy á emancipar las almas. Tardaré quizá dos mil años en renovar los espíritus, y no me será dado hasta entonces tocar á las instituciones; pero llegará un día en que mi doctrina se escapará del templo y tendrá cabida en el consejo de los pueblos. En llegando este día, se renovará enteramente el mundo social.»

El día anunciado habia llegado ya. Un siglo de filosofia, escéptica en la apariencia, pero creyente en la realidad, le habia ido preparando. El escepticismo del siglo XVIII, no estaba en pugna mas que con las prácticas exteriores y con los misterios de la religion del Crucificado, pero adoptaba con frenesí su moral y su sentido social. Los términos estaban cambiados, pero el sentido era el mismo para unos y otros. A lo que el cristianismo Hamaba revelacion, la filosofia le daba el nombre de razon, y lo mismo sucedia con otras palabras, pero tanto la religion como la nueva escuela, no tendian sino á la emancipacion de los individuos, de las razas, y de los pueblos. La diferencia consistia únicamente en que el mundo antiguo se habia rescatado en nombre de Jesu-

cristo, y el moderno lo hacia invocando los derechos que toda criatura ha recibido de Dios. De él ó de la naturaleza, hacian dimanar este derecho los cristianos y los filósofos. La filosofia politica de la revolucion no habia podido siquiera inventar una palabra para manifestarse á la Europa que dijese mas, ni que fuese de mas completo sentido que la que habia adoptado para sí el cristianismo: ¡*Fraternidad!* La revolucion francesa tenia precision no obstante de atacar las formas exteriores de la religion dominante, porque esta religion estaba incrustada en las monarquias teocráticas ó aristocráticas que aquella trataba de destruir. Hé aqui esplicada esa contradiccion aparente, del espíritu del siglo XVIII, que en politica adoptaba todo lo del cristianismo y que le correspondia con la mas negra ingratitud al propio tiempo, despojándole de cuanto poseia, renegando de su culto. Entre ambas doctrinas existian á la vez una viva repulsion y una atraccion violentas. Se reconocian al mismo tiempo que combatian, y aspiraban á reconocerse mas completamente, cuando la lucha hubiese terminado con el triunfo de la libertad.

Tres cosas eran evidentes para todos los hombres pensadores desde abril de 1791: una, que, lanzado ya el movimiento revolucionario, marcharia de consecuencia en consecuencia á la restauracion completa de los derechos de la humanidad oprimida, desde los de los pueblos ante sus gobiernos, hasta los del ciudadano ante las razas, y los del proletario ante el ciudadano. Esto anunciaba tambien que la tiranía, los privilegios, y la desigualdad de fortunas y de categorías, se verian perseguidas, no tan solo en el trono, sino en la ley civil, en la administracion, en la distribucion legal de la propiedad, en las condiciones de la industria y del trabajo, en las familias, y finalmente, en todas las relaciones del hombre con el hombre, y de éste con la muger. Otra de las cosas que casi á nadie se ocultaban era, que este movimiento filo-

sófico y social de democracia, tomaría sus formas en un gobierno análogo á sus principios y á su naturaleza; es decir, que aquellas serían la expresión de la soberanía popular, representada por una república, presidida por uno ó mas gefes. La tercera, en fin, era la convicción en que estaban cuantos hombres discurrían, de que la emancipación social, y política, arrastraría en pos de sí, la emancipación intelectual y religiosa del espíritu humano; que la libertad de pensar, de hablar y de obrar, no se detendría ante la libertad de creer; que la idea de Dios, relegada hasta entonces en el fondo de los santuarios, saldría de ellos resplandeciente, para alumbrar las conciencias de los libres, iluminadas ya por otra parte, con las luces de la libertad; y que esta luz llamada revelación por los unos, y razón por los otros, haría brillar mas y mas la verdad y la justicia, dones preciosos que emanan del mismo Dios, principio eterno de toda felicidad.

VII.

El pensamiento hace el mundo á su imagen, como Dios.

Este pensamiento habia variado completamente, merced á un siglo de filosofismo, y su misión era la de transformar el mundo social.

La revolución francesa era en el fondo un espiritua- lismo sublime y apasionado; su ideal, era universal y divino, y he aquí la razón por que contaba tantos adeptos en lo exterior.

Con ella aparecieron en el mundo, tres soberanías morales:

Soberanía del derecho, sobre la fuerza:

Soberanía de la inteligencia, sobre las preocupaciones:

Soberanía del pueblo, sobre los gobiernos:

Revolucion en los derechos: Igualdad:

Revolucion en las ideas: Raciocinio sustituido á la autoridad:

Revolucion en los hechos: Soberanía del pueblo:

Evangelio de derechos sociales: Evangelio de deberes: Carta de la humanidad:

La Francia era el apóstol de la nueva predicación y para este combate de ideas tenia afiliados en todas partes, hasta sobre los mismos tronos.

VIII.

Hay ciertas épocas en la historia del género humano en que, secas las ramas del árbol de la humanidad, caen al suelo por sí mismas, para hacer lugar á una savia, que renueva los pueblos y rejuvenece sus ideas. La antigüedad está llena de estas transformaciones, cuyas huellas se distinguen á través de los monumentos y de la historia. Cada una de ellas, arrastra en su caída un mundo antiguo y da su nombre á una nueva civilización. El Oriente, la China, Egipto, Grecia y Roma han presenciado sucesivamente estas ruinas y estos renacimientos. El Occidente, ha pagado también el comun tributo cuando la teocracia druida, cedió el puesto á los dioses y al gobierno de los romanos. Bizancio, Roma y el Imperio operaron estos cambios con rapidéz, cuando cansados y ruborizándose del politeísmo, se levantaron contra sus dioses, renegando de su culto, de sus ideas, y de sus templos. La civilización de Constantino y de Carlo-Magno envejecía á su vez y debilitándose las creencias en que se habian apoyado por espacio de diez y ocho siglos, los altares y los tronos, el mundo religioso lo mismo que el mundo político, se veían amenazados de un hundi-

miento que raras veces deja al poder en pie, cuando la fé vacila. La Europa monárquica era obra del catolicismo, y la política dependía servilmente de la iglesia. El derecho real procedía de lo alto, y el poder del monarca era reputado divino como la fé. La obediencia á los reyes se tenia como una obligacion sagrada, y la discusion sobre estas materias se calificaba de blasfemia, por lo cual se miraba la esclavitud como una virtud. El espíritu filosófico se habia sublevado hacia tres siglos, mas ó menos abiertamente, contra una doctrina desmentida diariamente por los escándalos, tiranías, y crímenes de ambos poderes, y no queria reconocer un título divino, en los que, negándose á la razon, esclavizaban á los pueblos. Mientras el catolicismo habia sido la única doctrina legal de Europa, estas revoluciones sordas del espíritu, no habian conmovido los Estados, y á ellas se habia seguido el castigo inmediatamente. Los calabozos, los cadalsos y la Inquisicion con sus terribles hogueras, habian embotado el raciocinio, manteniendo en todo su vigor el doble dogma en que se apoyaban ambos poderes.

Vino la imprenta, y esa esplosion continua del pensamiento humano, fué para los pueblos otra segunda revelacion. Al principio, esta arma formidable estuvo exclusivamente al servicio de la iglesia para la propagacion de las ideas dominantes, pero muy pronto se convirtió en una zapa que las minaba sin interrupcion. Combatidos los dogmas del poder espiritual y del temporal, por estos nuevos torrentes de luz, no podian tardar en conmoverse, primero en los ánimos, y mas tarde en las mismas cosas. Guttemberg sin saberlo, habia construido un mundo nuevo, y al crear la rapidez en la comunicacion de las ideas, habia asegurado el predominio de la razon; cada signo alfabético que salia de sus manos era mas fuerte que los ejércitos de los reyes, y que los rayos del Vaticano. La inteligencia era la que daba armas á la palabra, y dueñas ya del hombre estas dos fuer-

zas, necesariamente habian de serlo mas tarde de toda la especie humana.

El mundo intelectual habia nacido de una invencion material y habia crecido rápidamente; la reforma religiosa fué la hija primogénita de aquella invencion.

El catolicismo sufría cada día nuevos reveses. Suiza, parte de la Alemania, la Holanda, la Inglaterra y una porcion considerable de provincias francesas, se habian sustraído al centro de unidad católica y habian admitido la doctrina del libre exámen. Atacada y disputada la autoridad divina del catolicismo quedaban los tronos al descubierto y á merced de los pueblos. La filosofía, mas poderosa que la sedicion, se habia ido acercando cada vez mas á ellos, depuesto el terror y el respeto que antes infundian. La historia se permitió hablar sobre las debilidades ó los crímenes de los reyes, los publicistas osaron comentarlos, y los pueblos tuvieron tambien la osadía suficiente para sacar deducciones de todo esto. Las instituciones sociales, fueron pesadas en la balanza de la utilidad real que podian reportar á la humanidad, y aun los hombres que mas se inclinaban á reconocer el derecho divino en los reyes, se habian atrevido á hablarles de sus deberes, así como habian hablado á los pueblos de sus derechos. La santa osadía del cristianismo habia resonado en la cátedra del Espíritu Santo en presencia de Luis XIV, y Bossuet á pesar de su carácter teocrático habia mezclado á las adulaciones que prodigaba á aquel monarca, ciertas advertencias severas de aquellas que consuelan á los pueblos en medio de su abatimiento. Fenelon, aquel carácter dulce de la nueva ley, habia escrito sus instrucciones á los príncipes y su Telémaco, en el mismo gabinete del heredero de la corona. La filosofía política del cristianismo, ese grito santo de la justicia en favor de los débiles, habia salido de los labios del varon evangélico, y sus oyentes habian sido Luis XIV y su nieto. Fenelon educaba una revolucion completa, edu-

cando al duque de Borgoña; el rey lo conoció, cuando el mal no tenía ya remedio, y le despidió de su palacio. La política revolucionaria había nacido en el mismo alcázar de los reyes, y los pueblos la leían con avidez en las páginas del santo arzobispo. Merced á Luis XIV y á Fenelon, Versalles era á la vez la cuna de la revolucion y el palacio del despotismo. Montesquieu había sondeado las instituciones y analizado las leyes de todos los pueblos. Al clasificar los gobiernos los había comparado entre sí, y comparándolos, los había juzgado. Este juicio presentaba en cada página el contraste que existía entre el derecho y la fuerza, entre los privilegios y la igualdad; entre la libertad y la tiranía.

Juan Jacobo Rousseau menos ingenioso, aunque mas elocuente, había estudiado la política, no en las leyes, sino en la simple naturaleza. El levantamiento generoso del corazon de este hombre, libre en medio de la opresion y del sufrimiento, había sublevado todos los corazones ulcerados como el suyo, por la odiosa desigualdad de las condiciones sociales. Esta sublevacion, era la de lo ideal contra la realidad, y Rousseau aparecia como el tribuno de la naturaleza, como el Graco de los filósofos. Este hombre no escribía la historia de las instituciones, esplicaba tan solo un sueño, pero este sueño descendía del cielo, y volvía á remontarse al mismo sitio de donde había salido. El sistema de Rousseau era la utopia de los gobiernos, pero contada por él, tenía un encanto á que no era posible resistir. Para que los pueblos se apasionen por una cosa es preciso que por lo menos haya en ella tanta ilusion como realidad; es esta demasiado fria por si sola para que pueda fanatizar el espíritu humano: para que este se entusiasme un poco, necesita cosas mas grandes que las que se presentan continuamente ante su vista. A esto es á lo que damos el nombre de ideal, y aquí es donde debe buscarse el atractivo y la fuerza de las religiones, que siempre aspiran á remontar su vuelo

á mayor elevacion de lo que les es realmente posible. De aquí, el fanatismo, que no es otra cosa sino el delirio de la virtud. En resumen, Rousseau representaba lo ideal de la política, asi como Fenelon había representado lo ideal del cristianismo.

A Voltaire le había cabido en suerte el genio de la crítica, pero crítica burlona y de aquella que destruye las cosas solo con ponerlas en ridiculo. Su talento consistía en haber hecho reir á los hombres sin que fuesen libres de dejar de hacerlo, y abatiéndolos para luego ensalzarlos les había puesto de manifiesto todos los errores, todos los crímenes y todas las iniquidades de la ignorancia. Este filósofo impulsaba al género humano á insurreccionarse contra las ideas que se tenían como sagradas, no con entusiastas ofertas de una felicidad futura, sino infundiéndole el desprecio de todo lo antiguo, por santo y venerando que fuese. Ochenta años de vida le permitieron ir arrancando una á una todas las piedras angulares del antiguo edificio, y con tiempo suficiente para luchar contra el tiempo, no cayó hasta despues de haber quedado vencedor. Sus discipulos inundaban las audiencias, las academias y los mas elegantes salones; los de Rousseau ocupaban otros puestos mas oscuros, y pertenecian en la generalidad á las clases mas humildes del pueblo.

El primero de estos dos célebres hombres había sido el abogado generoso y elegante de la aristocracia; el otro era el consuelo secreto y el vengador querido de la democracia. El libro de Rousseau era el libro de los oprimidos y de las almas sensibles, y su autor, desgraciado al par que religioso, había puesto á Dios de su parte santificando con su doctrina los espíritus, al mismo tiempo que insurreccionaba los corazones. Percibiase en su acento el eco de la venganza, pero iba mezclado con cierta tendencia religiosa, de suerte que el pueblo de Voltaire podía derribar los altares, asi como el de

Rousseau podía volverlos á levantar. El uno podía pasar sin virtudes y avenirse con los tronos, el otro necesitaba tener un Dios y no podía apetecer otro gobierno que el republicano.

Los numerosos discípulos de estos dos adalides del filosofismo continuaban llevando á cabo su mision, y se hallaban posesionados de todos los órganos del pensamiento, desde las ciencias exactas, hasta la cátedra del Espíritu Santo, porque la filosofía lo invadia todo en el siglo XVIII.

D' Alembert, Diderot, Raynal, Buffon, Condorcet, Bernardino de Saint-Pierre, Helvecio, Saint-Lambert y La Harpe, eran los santos padres de la nueva iglesia. Un solo pensamiento daba vida y animacion á todos estos espíritus, tan distintos bajo otros aspectos, y este pensamiento fijo era el de la regeneracion de las ideas humanas. Las matemáticas, la historia, las ciencias, la economía, la política, la poesia, la moral y el teatro, todo servia de vehiculo á la moderna filosofía. Habiase infiltrado esta en todos los corazones, hablaba todas las lenguas, y por decirlo así, había empadronado en sus registros á todos los hombres de algun talento. La casualidad ó la Providencia habían querido que este siglo, casi estéril en otras partes, fuese el siglo de la Francia. Desde los últimos dias del reinado de Luis XIV hasta el advenimiento al trono de Luis XVI, la naturaleza había sido pródiga para los franceses en hombres célebres. La série no interrumpida de talentos de primer órden de Corneille á Voltaire, de Bossuet á Rousseau, de Fenelon á Bernardino de Saint-Pierre, había acostumbrado á los pueblos estrangeros á dirigir sus miradas hácia la Francia. El foco de luz de las ideas del mundo partia de aquel punto deslumbrándolo todo con su brillo centelleante. La autoridad moral del espíritu humano no existia ya en Roma, porque el movimiento, la luz y la direccion salian de Paris, de suerte que la Europa intelectual era francesa.

Había entonces y habrá siempre en el carácter francés cierta cosa mas fuerte que su poder, que es su ardor, y ese espíritu de comunicacion que se hace atraer y ser atraído por los demas pueblos de Europa. El del español, es altivo y amigo de lances, el del inglés, astuto y soberbio, el del alemán, profundo y severo; pero el francés es esencialmente bullicioso y amigable, lo cual constituye su fuerza: seduce con la misma facilidad que se deja seducir, y así, como las demas naciones no tienen sino un carácter, los franceses tienen dos, por la inclinacion que hay en todos ellos á acometer empresas que para los demas serian imposibles. Cuando la Providencia quiere que una idea se esparza por todo el mundo, se la inspira á un francés, y éste la trasmite inmediatamente á sus escritos, y en todos los demas actos de su vida pública y aun privada.

Esta calidad comunicativa del carácter de esta raza, esa atraccion francesa que aun no había alterado la ambicion de conquistar, era entonces el signo precursor del siglo. No parece sino que un instinto providencial hacia que la Europa fijase la atencion y dirigiese sus miradas hácia esta parte del globo, como si el movimiento y las luces, no pudiesen partir de otro punto. Paris era la ciudad en donde estaban fijas las miradas de todos, y las cosas que allí pasaban, por insignificantes que fuesen, se repetian y comentaban en todos los demas puntos de Europa. La literatura era el vehiculo de la influencia francesa, y antes de contar con héroes, contaba la monarquía intelectual, con sus escritos, sus libros y sus teatros. Conquistadora por inteligencia, la imprenta era su teatro.

IX.

Los partidos en que se hallaba dividido el pais despues de la muerte de Mirabeau eran: fuera de la Asam-

blea, la corte y los jacobinos; en la Asamblea, los lados derecho é izquierdo, partidos extremos y enemigos encarnizados: entre estos partidos existian otros dos, de los cuales el uno era fanático por las innovaciones, y el otro por resistirlas. Habia ademas otro partido intermedio, que se componia de los hombres de bien y amantes de la paz, que estaban afiliados en los otros dos, de que acabamos de hablar. Su fé politica, indecisa entre la revolucion y la conservacion, habria querido que la una conquistase sin violencia, y que la otra cediese sin darse por resentida. Estos hombres, eran los verdaderos filósofos de la revolucion; pero la época de la filosofía habia pasado, y habia sonado ya la hora de la victoria. Las dos ideas en presencia una de otra para disputarse el campo, necesitaban campeones y no jueces, y aplastaban á estos hombres al chocar entre sí. Vamos ahora á hacer conocer los principales geñes de todos los partidos, antes que los veamos obrar.

Luis XVI tenia entonces treinta y siete años: su fisonomía, la de todos los Borbones, si bien sus facciones eran mas abultadas por la sangre alemana que habia recibido de su madre, princesa de la casa de Sajonia. Tenia ojos azules y rasgados, no tan vivos como claros y hermosos. Su frente, ovalada y espaciosa, la nariz entre romana y aguileña, y una boca graciosa, á la que daba cierta expresion la encantadora sonrisa de sus bien cortados labios. Su cutis fino, y de hermoso color aunque un tanto desmazelado. Grueso de cuerpo y de no muy elevada estatura, de actitud tímida y paso incierto, le hacia notable estando parado, un inquieto balanceo del cuerpo, que apoyado alternativamente sobre ambas caderas, bien fuese por haber contraido este hábito por la impaciencia que domina á los principes en las largas audiencias, ó bien por cualquiera otra causa, indicaba esteriormente la fluctuacion continua de su ánimo indeciso é irresoluto. Descubriase en su semblante una expresion de bondad,

que no siempre conviene á los reyes, que predisponia tanto á la burla como á la veneracion y de la cual supieron valerse sus enemigos con una habilidad impia, para hacer ver al pueblo en la fisonomía del monarca, el simbolo de los vicios, que querian achacar á la dignidad de que estaba revestido. En resúmen, la persona de Luis XVI ofrecia bastante semejanza con la fisonomía imperial de los últimos Césares en la época de la decadencia de las cosas y de las razas. A la dulzura de Antonio, reunia la obesidad de Vespasiano: hé aqui el hombre.

X.

Este jóven príncipe se habia educado en una separacion completa de la corte de su abuelo, de suerte que la atmósfera pestífera que habia infestado todo el siglo de Luis XV no habia emponzoñado con sus venenosos hálitos al heredero de la corona. Entanto que Luis XV hacia de su corte un centro de prostitucion y envilecimiento, su nieto recibia una educacion esmerada en un rincon del palacio de Meudon, en donde maestros ilustrados y piadosos, le imbuian el respeto que se debia á sí propio por su elevada gerarquía, un saludable terror al trono, y un amor religioso y tierno hácia el pueblo que estaba destinado á mandar. Parecia que el alma de Fenelon, atravesando dos generaciones de reyes, se habia trasladado al palacio en que habia educado al duque de Borgoña, con el solo objeto de inspirar las mismas máximas á su jóven descendiente. El inmediato sucesor del monarca mas disoluto que haya tenido la Francia, era quizá lo mas puro que habia en toda la nacion, y si el siglo no hubiese sido tan corrompido como el rey, hubiera vuelto sus miradas hácia el nuevo vástago, y le hubiera ofrecido el tributo de su amor. Pero la corrupcion habia llegado á tal extremo que